

Apolinario. El mismo efecto se extiende a la decisión de Faustino: a su negativa de pactar con el demonio de la transición.

Hecha esta salvedad, debe agregarse que, si el lector consigue aceptar al diablillo como real —como una ficción tan verdadera que lo haga interlocutor válido de Faustino— muchas cosas le agradarán en *El anfitrión*: su ironía, su humor negro, su gracia fantasiosa, sus hallazgos descriptivos, incluso sus toques poéticos. Y, estemos en el orden natural o preternatural, o en una encrucijada de los dos, siempre captaremos, detrás de los caracteres y los sucesos y los diálogos, el espíritu juguetón y alegre del autor, que sonríe entre líneas, y no necesariamente más allá del bien y del mal. Pues hay una ética política tras estas páginas, si bien —y por fortuna— muy lejos de toda moraleja. Y hay también un cierto tratamiento —moral aunque festivo— de la condición humana en este curioso ensamblaje de Goethe, Swift, Orwell y Malraux, todos ellos convenientemente acriollados en *El anfitrión*.

IGNACIO VALENTE

<https://doi.org/10.29393/At457-19ISMD10019>

IMAGINACION, SIMBOLISMO Y REALIDAD

De Jorge Peña Vial

Ediciones Universidad Católica de Chile

Santiago de Chile, 1987. 200 pp.

El libro de Jorge Peña que recién acaba de salir a la luz pública resulta ser un caso insólito en nuestro país, especialmente durante este tiempo. Es una seria reflexión dedicada a tratar un problema instalado medularmente en el campo de la investigación y hermenéutica filosófica. Raro como contribución al pensamiento de alto vuelo metafísico, porque no se ven aquí y ahora, con frecuencia, títulos como éste que hasta están en contradicción con el rebuscado éxito editorial o la lisonja pública. Son muchísimas las tribulaciones, de todo tipo, que deben enfrentar los filósofos nacionales para plasmar su pensamiento en el papel impreso (doblemente los de provincia). Las dificultades económicas y la carencia de facilidades editoriales resta motivación a los audaces intentos que los filósofos tengan por abrirse paso hacia la intersubjetividad de sus contemporáneos a través de la publicación de un libro. Por lo mismo, la mayoría de ellos se ve obligado a escoger el camino de dormir la frustrante siesta del ensayo inédito o del manuscrito perdido irremediablemente en un anaquel de la biblioteca personal. De ahí que celebremos de partida esta reconfortante excepción.

La obra que comentamos está dedicada en su estructura fundamental a investigar reflexivamente el tema de la imaginación, un asunto que ha dolido a grandes filósofos occidentales —antiguos y contemporáneos— por la dificultad que éste tiene y también por su riqueza inédita y cuya última visión sinóptica y completa, no se ha escrito todavía. El problema de la imaginación —nos recuerda José Ferrater Mora—, ha corrido

a parejas con el problema de la "fantasía", griega, aun cuando en algunas oportunidades hubo desesperados esfuerzos teóricos para trazar una marcada línea de diferencia entre ambas. La noción de fantasía, como una fuerza que combina libremente las representaciones en el sueño o la vigilia, tuvo vigencia durante el último período de la filosofía antigua y de allí se proyectó a la idea medieval de la *imaginatio*. Para Tomás de Aquino y Kant la imaginación cumple una función cognoscitiva dentro de la comprensión científica, lógica y conceptual. Pero este tipo de análisis no es suficiente para el autor, puesto que le interesa especialmente la actividad imaginativa que se produce en el arte y la creación poética. Esta perspectiva le lleva a incursionar en los trabajos más contemporáneos de Sartre, Merleau-Ponty, Freud, Levi-Strauss, Cassirer, Bachelard, Ricoeur y Piaget, en un plan sistemático por conocer el análisis con que estos autores enfrentan la imaginación como facultad y su derivado, el simbolismo imaginario.

El libro está construido en tres partes, con una Introducción y un Epílogo conclusivo. Una excelente bibliografía seleccionada completa la presentación. Con 200 páginas, no resulta un texto abultado, pero exige concentración en su lectura y, agregaríamos, un cierto grado de saber filosófico para entenderlo. Para facilitar su comprensión el autor ha hecho intentos por compendiar teorías y simplificar concepciones de filósofos ya clásicos, pero así y todo, la lectura reclama un nivel de conocimiento especializado para evaluar la exacta participación que han tenido los nombres arriba citados en el análisis que aquí se ofrece.

En forma didáctica nos entrega primero un panorama histórico de la cuestión que sirve al lector para refrescar conocimientos o para iniciarse secuencialmente en él. Está dividida en dos secciones: una dedicada a explicar la imaginación como función; y la otra, en su carácter simbólico. De esta última se aprovecha Peña para incursionar en los campos del psicoanálisis freudiano, la etnografía, la sociología, la fenomenología, etc., en un ensayo por buscar una explicación del símbolo, de las imágenes y de la sustancia poética que hay en el hombre y en las sociedades, sin descartar el inquietante tema de la formación del símbolo en el proceso de aprendizaje (Piaget).

En la Segunda Parte se intenta dar una fundamentación de lo imaginario a través de un proceso de análisis directo de lo que es la imaginación. Las relaciones entre Alma y Cuerpo y las distinciones semánticas del Signo y del Símbolo, sirven de propedéutica a una explicación de la Imaginación Creadora y del papel que juegan la Imagen y la Ipifanía.

En la última parte se investigan los fundamentos generales del régimen psíquico imaginativo. Entre las modalidades de lo imaginario se puntualizan las relaciones entre Belleza, Poesía, Mito, Sueño y Ensueño con la Imaginación, como una forma de satisfacer la inquietud inicial del autor por acopiar datos para entender —como dijimos— la actividad imaginativa que se despliega en el arte y la creación poética.

El libro, en general, cumple el cometido que lo inspira. Da una visión del problema que, sin ser "exhaustiva y completa", como lo reconoce su propio autor, sirve para apoderarse de los aspectos más importantes que intervienen en él. El lenguaje usado es claro, directo, sin rebuscamientos y metáforas inútiles, como debe ser un libro de filosofía. Sobre todo, es una gota de optimismo para la producción filosófica chilena que

destaca justamente como algo excepcional entre tantos libros de nuestro tiempo dedicados a la técnica y la economía. En suma, una opinión que debiera leerse atentamente por nuestros filósofos y cultores del arte.

MIGUEL DA COSTA LEIVA

HUERFANIAS

De Jaime Quezada

Editorial Pehuén, Santiago, 1986.

Jaime Quezada (1942) ocupa un lugar muy importante en el desarrollo de la lírica chilena contemporánea. Comienza a publicar en 1965 bajo las tendencias encontradas que se disputan, alrededor de esos años, el escenario poético. No cabe duda que la figura más relevante es Parra, que elabora un proyecto lírico transgresor y desmitificador de los discursos poéticos imperantes (básicamente el nerudiano), arremetiendo contra el carácter falso y enajenante de los contextos históricos, políticos, periodísticos, artísticos, etcétera.

En una línea distinta, Miguel Arteche recupera aspectos básicos de la visión del mundo mistraliano, enriquecidos con sus lecturas de los clásicos españoles y de la poesía de habla inglesa, para realizar una escritura poética fundada en la conciencia de la temporalidad. La figura de Lihn, con fuerza y propiedad, inaugura otra línea que, partiendo de la antipoesía parriana, se abre a las voces perversas del inconsciente, a la máscara y el drama narcisista que involucra el acto de escribir. Jorge Teillier, la otra vía, no sigue estas huellas. El rechaza el carácter corrosivo de la poesía de Parra y el temple de ánimo y el lenguaje de la poesía de Arteche, enraizada en el gran ámbito de la lengua española, como también se aleja de Lihn para realizar un viaje al país de la infancia y al paisaje del Sur. El mismo Teillier llamó a esta actitud, que postulaba "un tiempo de arraigo", *poesía de los lares*. En esta recuperación de los dioses tutelares de la provincia y la familia, del mito de la edad dorada, de la región de la nostalgia infantil, Teillier incluye a poetas como Rolando Cárdenas, Efraín Barquero y la crítica ha sumado el nombre de Jaime Quezada.

¿Pertenece este poeta en plenitud a la poesía lírica? En sus dos primeros textos publicados, uno en 1965, *Poema de las cosas olvidadas*, y el otro en 1968, *Las palabras del fabulador*, vemos un tipo de lenguaje y núcleos temáticos que lo acercan a los poetas láricos, pero ya con diferencias que muestran el desarrollo propio que alcanzará la poesía de Quezada. Por ejemplo:

Nos habíamos perdido
en el sendero del bosque
y ella proponía: *desnudémonos*
el lobo pensará que ya somos cadáveres

(de *Palabras del fabulador*)